

mente franceses, y el encumbramiento al trono de su hija Isabel Clara Eugenia, como nieta de Enrique II. Tales pretensiones de un lado, y de otro la formación de un partido moderadísimo y transigente dentro del catolicismo, dieron un movimiento de reconciliación y de paz entre los dos partidos adversos. Francia se hallaba fatigadísima de la guerra civil y de la guerra dogmática. Muchos ánimos valerosos decaían y se apenaban al ver cómo la nación, la patria, el hogar iban á hundirse deshechos por aquella embravecida tormenta. Los más adictos á Felipe II exigían del nuevo Rey una profesión de fé católica. Repugnándole mucho á éste adjuar sus principios religiosos por el codiciado logro de una corona tan espléndida como la corona de Francia, temeroso más del juicio de la posteridad que del juicio de su propia conciencia. Mas á parte de la poca fe de su espíritu no muy dogmático ni muy firme y seguro en sus creencias, debe considerarse lo ardiente de su patriotismo. Enrique IV decía que amando tanto como amaba su nación, dejaría la de buen grado expatriándose definitivamente, si las circunstancias le persuadían á creer una perturbación constante su presencia en el suelo francés. Así, cuando el Parlamento se reunió para nombrar nuevo Monarca, Enrique, receloso de que la corona francesa recayese por acaso en las sienes de una dinastía extranjera como la dinastía española, mandó su abnegación en oficial pliego diciendo la célebre frase: «París bien vale una misa». Y la oyó en la iglesia donde reposaban las cenizas de sus antecesores, en la iglesia de Saint Denis. Y al salir de tal misa pudo experimentar la eficacia del Santo Misterio católico, viendo cómo se partían para siempre de Francia las tropas españolas. El combate gigantesco agotó las fuerzas colosales de Felipe II, quien tuvo que firmar la paz de Vervins, reconociendo á la dinastía de Borbón. Esta no pudo hacer más por sus compromisos tradicionales que firmar el Edicto de Nantes, cuyos cánones reconocían la única tolerancia religiosa posible y fácil en siglo tan perturbado y supersticioso como aquel gran siglo. La derrota de la Liga, es, después de todo, la derrota completa de la reacción religiosa. Los jesuitas, motores de todos estos acontecimientos, habían mucho influido en su desarrollo, pero no habían ganado nada en definitiva. La historia humana es un conflicto perpetuo entre la reacción y la revolución; y aunque las victorias parciales pertenezcan á la reacción, las victorias grandes, supremas, definitivas, inapelables, pertenecen por una ley providencial, pertenecen á la revolución.

Convengamos en que toda esta historia, por cuya escena tantos diversos personajes pasan y tantos trágicos acontecimientos ocurren, daba materia para una gran obra muy trágica, propia del genio de un Esquilo en los tiempos antiguos, y en los modernos, propia del genio de un Shakespeare. Pero José María Chenier no alcanzó del cielo, ni la profundidad psicológica necesaria para la natural animación de todos estos personajes que inmortalizó al poeta inglés, ni el arte soberano que inmortalizó al poeta griego. Parecía su *Carlos IX* una tragedia trazada sobre tema de colegio, más bien que una obra de arte, nacida espontáneamente de aquel esfuerzo ingenuo, á cuya virtud se deben las obras

literarias y artísticas, generadas por la grande necesidad inevitable de crear, á quien impelen una vocación interior, casi de nacimiento, y unas inspiraciones imperiosas, de las cuales no acierta ni la mayor voluntad á sustraerse. ¡Caso rarísimo! La naturaleza dió dos hermanos extraordinarios poetas, Andrés y José María Chenier, lírico el primero, y trágico el segundo, provenientes por su padre de sangre francesa y de sangre oriental ó griega por su madre, nacidos uno y otro en Constantinopla, con semejanza en su complexión física y en su complexión intelectual, amándose recíprocamente los dos entre sí mismos y amando á su madre, pero tan enemigos por sus ideas, que batallaban como los hijos del antiguo Edipo. Con decir que se asoció el uno á la defensa de Luis XVI, y se asoció el otro á la divinización de Marat, se patentiza la enemistad política entre los dos. Y con añadir que atribuyeron la muerte de Andrés en el cadalso á José María, no hay más que decir. Las orillas del Bósforo de Francia infundieron en Andrés Chenier un alma tan helena, que parecía por los campos de Provenza, entre las cigarras y los olivos atenienses, como un alado creador, de aquellos que fueran dejando por Grecia esparcidos los fragmentos del poema, cuyos exámetros han prestado su base y fundamento á las poesías y á las lenguas y á las regiones helénicas. Aunque no creía el Universo poblado por aquellos dioses, que llenaran el aire y el suelo de su patria natural, de Tracia, donde naciera y cantara Orfeo, sentíalo por modo heleno y expresaba el sentimiento con la sencillez antigua clásica, nunca superada. José María Chenier no aborrecía, pero ignoraba la Grecia. Más joven que Andrés, llegó á Francia en edad temprana, cuando Voltaire tuvo aquella inolvidable apoteosis, en la cual se vieron reunidas las ofrendas del arte literario con las ofrendas del pensamiento filosófico; así lo creyó un Dios y lo imitó en toda su juventud, hasta que le advirtieron la experiencia y la vejez los considerables y valiosos tesoros griegos que había eludido en sus estudios y menospreciado en su vida. El Rey Carlos IX, por ende, tuvo toda la corrección de un modelo tan correcto, como Voltaire, y toda la frialdad, faltándole por completo las copiosas ideas abundantes en las obras del gran escritor, y la experiencia literaria y la maestría dada por una fecundidad pasmosa y un ejercicio infatigable y un ingenio personalísimo al autor que difundió en todos los entendimientos y en todos los ánimos, entre agudezas y bromas, las ideas capitales del siglo pasado y los gérmenes inextinguibles de la revolución universal.

Pero no hizo la tragedia el genio de José María Chenier; la hizo el conjunto de ideas que tronaban en la revolución y el conjunto de afectos por estas ideas despertados. Aplaudían en aquella sazón á Chenier los odios provocados por las intolerancias dogmáticas, que habían atizado las llamas del brasero inquisitorial donde se abrasaran innumerables víctimas; le aplaudían los sentimientos de horror á las guerras religiosas que habían enrojecido los espacios del suelo y había entenebrado los giros del aire; le aplaudían las protestas contra el régimen absoluto que disponía del vivir y del pensar ajenos como de propio vínculo

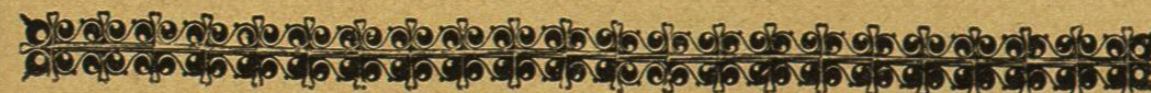
y mayorazgos; le aplaudían los recuerdos de horror despertados por aquellos personajes redivivos representando los vicios de la corte, los crímenes de la nobleza con su cortejo de incendiarios y de verdugos, cuyas infernales pasiones destruían por odio en matanzas inacabables la humanidad avivada por el divino amor. Cuando la emigración pretendía deshonrar el movimiento revolucionario en Europa entera; cuando le imputaba horrores desconocidos en la historia humana; cuando quería volcar sobre Francia las extrañas irrupciones mostrando el terror incipiente; aquel Guisa fusilado por un esbirro que se recata ó esconde tras los árboles; aquel cuerpo de Coligny despedazado ante los gentiles hombres que se reparten sus despojos; aquellos guardias inmolados en la cama nupcial de Margarita; los frailes bendiciendo las cuchillas aparejadas sobre la cerviz de mil inocentes; las consignas canibalescas de matanzas y degüellos; la campana que debía llamar á la oración llamando al saco y al incendio; las teas agitadas y los puñales esgrimidos por innumerables furias; el palacio de los Reyes trocado en cazadero de donde ojean á los pueblos; las descargas de seca fusilería disparada por la superstición y el fanatismo; la Reina vestida de negro como las Euménides vengadoras del mundo antiguo y presidiendo la inhumana carnicería, justificaban todas las exaltaciones del gran ataque nervioso, que llamamos revolución, y que pedía en sus epilepsias ó en sus estremecimientos, con fórmulas de oráculos y temblores de Pitonisas, otra sociedad nueva, donde reinara la justicia y no se repitieran las cacerías de hombres emprendidas por la Realeza y por la Iglesia. Es indudable que la tragedia de Chenier, sin el mérito de la Comedia de Beaumarchais, tuvo la misma oportunidad, y señaló el período álgido de la revolución como señaló aquella el período de su iniciación y de su comienzo. Lo que faltó al autor, lo suplió el público. Y llamada por aquel *Carlos IX*, ó *Escuela de los Reyes*, resultó escuela de los pueblos, quienes aprendieran allí cómo nunca se toman precauciones bastantes contra la intolerancia religiosa y contra la tiranía monárquica.

Así como los desventurados en cualquier empresa, dice la lengua vulgar, que tienen mala mano para echar pollos, debe decirse de María Antonieta, que tuvo mala mano para proteger comedias. En la composición y representación del *Carlos IX* no le cupo responsabilidad alguna; pero queda por muy averiguada su intervención activa en aquel *Barbero de Sevilla*, cuyas escenas llevaron la dinastía de Borbón al palo del descrédito, antes de que la llevaran los convencionales del noventa y tres, al palo del suplicio. La Reina jamás tuvo inclinación á las bellas artes, ni á la poesía, ni á las letras. No está unido el nombre de los últimos Borbones al esplendor de ningún genio arquitectónico francés, como está unido el nombre de los Valois á las mayores bellezas arquitectónicas del Renacimiento. Don Manuel dió á Portugal aquellos edificios que florecen, como si los animara el cálido y perfumado soplo de las recién halladas Indias; los Trastamaras, entre nosotros, señalan el período mejor de las construcciones mudéjares, que unen al plateresco naciente las alhara-

cas granadinas en su ocaso: únese al maravilloso Alcázar de Toledo el nombre de Carlos V y al Escorial el de Felipe II, y á Versalles el de Luis XIV; pero la juguetona y ligera soberana de la Revolución francesa únicamente ha unido su nombre á esa preciosa chuchería y á ese gran juguete que se llama el parque de Trianón. Así, nada hizo por la pintura, nada por la escultura, nada por la poesía, nada por la ciencia. Sus grandes aficiones se redujeron á la música y al teatro. Pero en música se atuvo á formar activa parte de una fracción peleadora que imponía sus gustos con esfuerzo; y en lo referente al teatro, no pasó de influir para que se representasen algunas comedias ó dramas peligrosos, ó á representarlos en sus ocios y esparcimientos ella misma sin escrúpulo, haciendo papeles sobre las tablas, en daño del trono y de la dinastía. Su grande azafata, Madame Campan, autora de unas *Memorias*, en cuyos recuerdos van los apologistas de la Reina siempre á buscar justificaciones para sus hierros y para sus demencias, declara no haber jamás protegido María Antonieta la literatura ni las artes, amparando, en cambio, dramas y tragedias de representación difícil, por sus argumentos peligrosos, extraídos de tiempos nefastos para la realeza, y por sus ataques á la regia dinastía de Borbón. Así, escandalizó á sus cuñadas y cuñados en las fiestas nupciales del príncipe de Piamonte con la princesa Clotilde, poniendo en escena una obra de tanto venjamen para la monarquía como *El condestable Borbón*, que traicionó á Francia, sirvió á Carlos V, comandó el saco de Roma, con ofensa grave del Papa, y murió bajo el pabellón español y entre los tercios de nuestra España. No pueden justificarse tamañas locuras. Al demonio no se le ocurre sacar en públicas conmemoraciones, tan influyentes como las dramáticas, un gran personaje, apellidado como la dinastía, y consanguíneo suyo, un Borbón, fundador en grado semejante á Enrique IV, de la dinastía, volviendo las armas regias suyas contra el soberano legítimo y la patria propia en guerras encaminadas á quebrantar el poderío de Francia, y á cuyos estragos las campañas italianas se tiñeron de caliente y juvenil sangre francesa. ¿Pues ignoraba el principio de solidaridad una Reina, que ceñía corona, y estaba en las cumbres del Estado, circuida de todos los prestigios y adorada de todas las gentes, por virtud y obra del testamento de sus abuelos, en cuyas glorias ella debía gloriarse, y de cuyos crímenes huir, porque si aquellas la exaltaban, éstos la perdían en el sentimiento universal?

El principio, que se llama de solidaridad, se nos impone á todos por una ley de la naturaleza, cuyos preceptos quieren que tengan una parte de vuestro espíritu consustancial con el espíritu humano entero y otra parte con el espíritu particular ó natural y otra parte con el espíritu de vuestra familia, y no sólo con su espíritu, con su naturaleza en la comunidad de humores, que tiene su nombre como la comunidad de ideas, que se llama consanguinidad. Yo soy, he sido, seré por toda una eternidad, cristiano y espiritualista. No creo que sea el espíritu un gas, como cualquiera irradiación del éter, ni que nos encerremos todos en el seno del sepulcro, quedando de nosotros tan solo cenizas aventadas á los so-

plos del aire, y desvanecidas en átomos, nutriendo por la intensidad otros cuerpos y no pasando nunca del mundo material. Yo creo ahora, y he creído siempre, desde que me reconozco, en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma. Pero no puedo negar aquello que me patentiza la observación diaria y el estudio continuo, la comunidad de las generaciones vivas con las generaciones muertas, la comunidad de las generaciones futuras con las generaciones vivas, uniéndose todas en la perdurable justicia social humana, como se unen lo pasado, lo presente, lo porvenir, en la eternidad indudable del tiempo. Los muertos van en los vivos. La herencia de los sentimientos y de las costumbres aparece patentísima en cada hogar y pueblo, juntando con las piedras del hogar las piedras del sepulcro. Nada me conmueve tanto como sentir sobre mi cabeza las armonías celestiales de una iglesia y bajo mis pies las lápidas funerarias, juntando la muerte con la inmortalidad. ¡Cuántas enfermedades crónicas, que ahora son, se ligan estrechamente, como por una cadena, con otras que ya no son! La herencia de sangre patricia es una mentira social; pero la herencia de sangre pura es una verdad fisiológica. Nos revolvemos contra la transmisión del pecado por Adán á sus hijos y en cada instante de la vida vémosla confirmada por los hechos. Y así la vemos en nosotros, que contamos una genealogía de siervos, por lo cual se oculta el nombre de nuestros progenitores en la indiferencia social antigua; ¡cuánto más no habrá de acaecer esto mismo al tratarse de familias como las dinastías y de instituciones como la realeza fundadas en el principio y en el privilegio hereditarios! La representación de *Carlos IX* mostró que los reyes contemporáneos vivían aun en aquellos verdugos borrachos de sangre y que los pueblos á su vez vivían en aquellas muchedumbres ojeadas y perseguidas como fieras. Cuando los sacudimientos revolucionarios lo trastornaban todo; en el minuto de las inmolaciones públicas; de los holocaustos y sacrificios en que ya surgía un juicio sumario condenando más ó menos justamente reos improvisados á la soga y á la linterna, ó la tierra se abría para tragar y los aires se emponzoñaban para perder á toda una generación, la cual debía quedar diezmada, por haber querido recibir demasiado pronto la nueva luz y vida, como se hielan esas flores que desde los senos del invierno anuncian la primavera, el espectáculo de las matanzas antiguas, venía, si no como una justificación, como una atenuante y excusa del terror revolucionario; pues si los reyes y los sacerdotes cometieron aquellos crímenes para salvar la monarquía tradicional y la intolerancia religiosa, nadie debería extrañar que también se cometieran crímenes horribles para fundar la democracia y traer la libertad, pues todas las ideas humanas se han bautizado con humana sangre.



CAPÍTULO TRIGÉSIMO-TERCERO

La Reina y Mirabeau.

El primer escalón de su destronamiento fuera su regreso á Paris y la reinstalación en Tullerías para el concepto y el sentimiento de María Antonieta. Un Rey verdadero y absoluto debe vivir solo con los suyos en palacios erigidos y en jardines recostados adrede para él, como Dios en su emporio, acompañado de la pompa y seguido de la corte celestial. Versalles en el espacio y en el tiempo surgió para esto: para salir de la Monarquía. Desde aquel vasto palacio, que parecía una montaña; en aquella planicie de uniformidad tan monótona como el régimen absoluto, donde las terrazas parecían mesetas, las fuentes ríos, las estatuas ejércitos, por su número y petrificaciones de adulación servil en todas las formas posibles por sus actitudes; el Rey se creía solo dentro de la sociedad, é igualaba con el raso de su cetro absoluto en la misma servidumbre la religión, la ciencia, la naturaleza y el arte. Vivían los Reyes solos en Versalles; convivían con el pueblo en Paris. Versalles era, pues, el santuario de la realeza tradicional: Paris el domicilio de la Monarquía parlamentaria. Los Reyes absolutos han tenido siempre resuelta preferencia por los sitios reales. En España serviales, para la primavera, el real sitio de Aranjuez; para la estación estival, San Ildefonso; para la otoñal San Lorenzo; para la invernal, el Pardo. Un tiempo habitaron el Retiro, apartados de Madrid, aunque de Madrid cerca. Puede asegurarse que Carlos III, el Rey filósofo y liberal de nuestros anales, á quien cupo la gloria de aplicar el pensamiento moderno á la vieja España realista, fijó la residencia del jefe de nuestro pue-